

Heberto Padilla
Fuera del juego

Heberto Padilla

Fuera del juego
Premio Julián del Casal 1968

Edición íntegra

Premio de Poesía Julián del Casal, 1968

El jurado estuvo integrado por:

J. M. COHEN

CÉSAR CALVO

JOSÉ LEZAMA LIMA

JOSÉ Z. TALLET

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

DICTAMEN DEL JURADO DEL PREMIO DE POESÍA “JULIÁN DEL CASAL” 1968

LOS MIEMBROS DEL jurado del género Poesía que hemos actuado en el concurso UNEAC de 1968, acordamos unánimemente conceder el Premio «Julián del Casal» al libro intitulado *Fuera del Juego*, de Heberto Padilla. Puesto que ningún otro libro, a nuestro juicio, tuvo méritos suficientes para disputarle el premio al que resultó vencedor, acordamos, además, no otorgar menciones honoríficas.

Consideramos que, entre los libros que concursaron, *Fuera del Juego* se destaca por su calidad formal y revela la presencia de un poeta en posesión plena de sus recursos expresivos.

Por otra parte, en lo que respecta al contenido, hallamos en este libro una intensa mirada sobre problemas fundamentales de nuestra época y una actitud crítica ante la historia. Heberto Padilla se enfrenta con vehemencia a los mecanismos que mueven la sociedad contemporánea y su visión del hombre dentro de la historia es dramática y, por lo

mismo, agónica (en el sentido que daba Unamuno a esta expresión, es decir, de lucha). Padilla reconoce que, en el seno de los conflictos a que los somete la época, el hombre actual tiene que *situarse*, adoptar una actitud, contraer un compromiso ideológico y vital al mismo tiempo, y en *Fuera del Juego* se sitúa del lado de la Revolución, se compromete con la Revolución y adopta la actitud que es esencial al poeta y al revolucionario: la del inconforme, la del que aspira a más porque su deseo lo lanza más allá de la realidad vigente.

Aquellos poemas, cuatro o cinco a lo sumo, que fueron objetados, habían sido publicados en prestigiosas revistas cubanas del actual momento revolucionario. Así, por ejemplo, el poema *En tiempos difíciles* había sido publicado en la revista *Casa de las Américas*, bajo el rótulo «Veinte poemas hablan desde la Revolución», sin que en el momento de su publicación se engendrara ningún comentario desfavorable. Otros poemas habían sido publicados en la revista del Consejo Nacional de Cultura y de la UNEAC así como en revistas extranjeras que muestran un apasionado entusiasmo por nuestra Revolución.

La fuerza y lo que le da sentido revolucionario a este libro es, precisamente, el hecho de no ser apologético, sino crítico, polémico, y estar esencialmente vinculado a la idea de la Revolución como la única solución posible para los problemas que obsesionan a su autor, que son los de la época que nos ha tocado vivir.

J. M. COHEN
CÉSAR CALVO
JOSÉ LEZAMA LIMA
JOSÉ Z. TALLET
MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

DECLARACIÓN DE LA U.N.E.A.C.

EL DÍA 28 de octubre de este año se reunieron en sesión conjunta el comité director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y los jurados extranjeros y nacionales designados por ella en el concurso literario que, como en años anteriores, tuvo lugar en éste. El fin de dicha reunión era el de examinar juntos los premios otorgados a dos obras: en poesía, la titulada *Fuera del Juego*, de Heberto Padilla, y en teatro, *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat. Ambas ofrecían puntos conflictivos en un orden político, los cuales no habían sido tomados en consideración al dictarse el fallo, según el parecer del comité director de la Unión. Luego de un amplísimo debate, que duró varias horas, en el que cada asistente se expresó con entera independencia, se tomaron los siguientes acuerdos, por unanimidad:

1. Publicar las obras premiadas de Heberto Padilla en poesía y Antón Arrufat en teatro.

2. El comité director insertará una nota en ambos libros expresando su desacuerdo con los mismos por entender que son ideológicamente contrarios a nuestra Revolución.

3. Se incluirán los votos de los jurados sobre las obras discutidas, así como la expresión de las discrepancias mantenidas por algunos de dichos jurados con el comité ejecutivo de la UNEAC.

En cumplimiento, pues, de lo anterior, el comité director de la UNEAC hace constar por este medio su total desacuerdo con los premios concedidos a las obras de poesía y teatro que, con sus autores, han sido mencionados al comienzo de este escrito. La dirección de la UNEAC no renuncia al derecho ni al deber de velar por el mantenimiento de los principios que informan nuestra Revolución, uno de los cuales es sin duda la defensa de ésta, así de los enemigos declarados y abiertos como –y son los más peligrosos– de aquellos otros que utilizan medios más arteros y sutiles para actuar.

El IV Concurso Literario de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, tuvo lugar en momentos en que alcanzaban en nuestro país singular intensidad ciertos fenómenos típicos de la lucha ideológica, presentes en toda revolución social profunda. Corrientes de ideas, posiciones y actitudes cuya raíz se nutre siempre de la sociedad abolida por la Revolución, se desarrollaron y crecieron, plegándose sutilmente a los cambios y variaciones que imponía un proceso revolucionario sin acomodamientos ni transigencias.

El respeto de la revolución cubana por la libertad de expresión, demostrable en los hechos, no puede ser puesto en duda. Y la Unión de Escritores y Artistas, considerando que aquellos fenómenos desaparecerían progresivamente, barridos por un desarrollo económico y social que se reflejaría en la superestructura, autorizó la publicación en sus ediciones de textos literarios cuya ideología, en la superficie o subyacente, andaba a veces muy lejos o se enfrentaba a los fines de nuestra revolución.

Esta tolerancia, que buscaba la unión de todos los creadores literarios y artísticos, fue al parecer interpretada como un signo de debilidad, favorable a la intensificación de una lucha cuyo objetivo último no podía ser otro que el intento de socavar la indestructible firmeza ideológica de los revolucionarios.

En los últimos meses hemos publicado varios libros, en los que en dimensión mayor o menor y por caminos diversos, se perseguía idéntico fin. Era evidente que la decisión de respetar la libertad de expresión hasta el mismo límite en que ésta comienza a ser libertad para la expresión contrarrevolucionaria, estaba siendo considerada como el surgimiento de un clima de liberalismo sin orillas, producto siempre del abandono de los principios. Y esta interpretación es inadmisibles, ya que nadie ignora, en Cuba o fuera de ella, que la característica más profunda y más hermosa de la revolución cubana, es precisamente su respeto y su irrenunciable fidelidad a los principios que son la raíz profunda de su vida.

Como dijimos en dos de los seis géneros literarios concursantes, Poesía y Teatro, la Dirección de la Unión encontró que los premios habían recaído en obras construidas sobre elementos ideológicos francamente opuestos al pensamiento de la Revolución.

En el caso del libro de poesía, desde su título: *Fuera del Juego*, juzgado dentro del contexto general de la obra, deja explícita la auto-exclusión de su autor de la vida cubana.

Padilla mantiene en sus páginas una ambigüedad mediante la cual pretende situar, en ocasiones, su discurso en otra latitud. A veces es una dedicatoria a un poeta griego, a veces una alusión a otro país. Gracias a este expediente demasiado burdo cualquier descripción que siga no es aplicable a Cuba, y las comparaciones sólo podrán establecerse en la conciencia sucia del que haga los paralelos. Es un recurso utilizado en la lucha revolucionaria que el autor quiere aplicar ahora precisamente, contra las fuerzas

revolucionarias. Exonerado de sospechas, Padilla puede lanzarse a atacar la revolución cubana amparado en una referencia geográfica.

Aparte de la ambigüedad ya mencionada, el autor mantiene dos actitudes básicas: una criticista y otra antihistórica. Su criticismo se ejerce desde un distanciamiento que no es el compromiso activo que caracteriza a los revolucionarios. Este criticismo se ejerce además prescindiendo de todo juicio de valor sobre los objetivos finales de la Revolución y efectuando transposiciones de problemas que no encajan dentro de nuestra realidad. Su antihistoricismo se expresa por medio de la exaltación del individualismo frente a las demandas colectivas del pueblo en desarrollo histórico y manifestando su idea del tiempo como un círculo que se repite y no como una línea ascendente. Ambas actitudes han sido siempre típicas del pensamiento de derecha, y han servido tradicionalmente de instrumento de la contrarrevolución.

En estos textos se realiza una defensa del individualismo frente a las necesidades de una sociedad que construye el futuro y significan una resistencia del hombre a convertirse en combustible social. Cuando Padilla expresa que se le arrancan sus órganos vitales y se le demanda que eche a andar, es la Revolución, exigente en los deberes colectivos quien desmembra al individuo y le pide que funcione socialmente. En la realidad cubana de hoy, el despegue económico que nos extraerá del subdesarrollo exige sacrificios personales y una contribución cotidiana de tareas para la sociedad. Esta defensa del aislamiento equivale a una resistencia a entregarse en los objetivos comunes, además de ser una defensa de superadas concepciones de la ideología liberal burguesa.

Sin embargo para el que permanece al margen de la sociedad, fuera de juego, Padilla reserva sus homenajes. Dentro de la concepción general de este libro el que acepta la sociedad revolucionaria es el conformista, el obediente. El desobediente, el que se abstiene, es el

visionario que asume una actitud digna. En la conciencia de Padilla, el revolucionario baila como le piden que sea el baile y asiente incesantemente a todo lo que le ordenan, es el acomodado, el conformista que habla de los milagros que ocurren. Padilla, por otra parte, resucita el viejo temor orteguiano de las *minorías selectas* a ser sobrepasadas por una masividad en creciente desarrollo. Esto tiene, llevado a sus naturales consecuencias, un nombre en la nomenclatura política: fascismo.

El autor realiza un trasplante mecánico de la actitud típica del intelectual liberal dentro del capitalismo, sea ésta de escepticismo o de rechazo crítico. Pero si al efectuar la transposición, aquel intelectual honesto y rebelde que se opone a la inhumanidad de la llamada cultura de masas y a la cosificación de la sociedad de consumo, mantiene su misma actitud dentro de un impetuoso desarrollo revolucionario, se convierte objetivamente en un reaccionario. Y esto es difícil de entender para el escritor contemporáneo que se abraza desesperadamente a su papel anticonformista y de conciencia colectiva, pues es ése el que le otorga su función social y cree –erróneamente–, que al desaparecer ese papel también será barrido como intelectual. No es el caso del autor que por haber vivido en ambas sociedades conoce el valor de una y otra actitud y selecciona deliberadamente.

La revolución cubana no propone eliminar la crítica ni exige que se le hagan loas ni cantos apologéticos. No pretende que los intelectuales sean corifeos sin criterio. La obra de la Revolución es su mejor defensora ante la historia, pero el intelectual que se sitúa críticamente frente a la sociedad, debe saber que, moralmente, está obligado a contribuir también a la edificación revolucionaria.

Al enfocar analíticamente la sociedad contemporánea, hay que tener en cuenta que los problemas de nuestra época no son abstractos, tienen apellido y están localizados muy concretamente. Debe definirse contra qué se lucha y en nombre de qué se combate. No es lo

mismo el colonialismo que las luchas de liberación nacional; no es lo mismo el imperialismo que los países subyugados económicamente; no es lo mismo Cuba que Estados Unidos; no es lo mismo el fascismo que el comunismo, ni la dictadura del proletariado es similar en lo absoluto a las dictaduras castrenses latinoamericanas.

Al hablar de la historia “como el golpe que debes aprender a resistir”, al afirmar que “ya tengo el horror / y hasta el remordimiento de pasado mañana” y en otro texto: “sabemos que en el día de hoy está el error / que alguien habrá de condenar mañana”, ve a la historia como un enemigo, como un juez que va a castigar. Un revolucionario no teme a la historia, la ve, por el contrario, como la confirmación de su confianza en la transformación de la vida.

Pero Padilla apuesta sobre el error presente –sin contribuir a su enmienda–, y su escepticismo se abre paso ya sin límites, cerrando todos los caminos: el individuo se disuelve en un presente sin objetivos y no tiene absolución posible en la historia. Sólo queda para el que vive en la revolución abjurar de su personalidad y de sus opiniones para convertirse en una cifra dentro de la muchedumbre para disolverse en la masa despersonalizada. Es la vieja concepción burguesa de la sociedad comunista.

En otros textos Padilla trata de justificar, en un ejercicio de ficción y de enmascaramiento, su notorio ausentismo de su patria en los momentos difíciles en que ésta se ha enfrentado al imperialismo; y su inexistente militancia personal; convierte la dialéctica de la lucha de clases en la lucha de sexos; sugiere persecuciones y climas represivos en una revolución como la nuestra que se ha caracterizado por su generosidad y su apertura, identifica lo revolucionario con la ineficiencia y la torpeza; se conmueve con los contrarrevolucionarios que se marchan del país y con los que son fusilados por sus crímenes contra el pueblo y sugiere complejas emboscadas contra sí que no pueden ser índice

más que de un arrogante delirio de grandeza o de un profundo resentimiento. Resulta igualmente hiriente para nuestra sensibilidad que la Revolución de Octubre sea encasillada en acusaciones como “el puñetazo en plena cara y el empujón a medianoche”, el terror que no puede ocultarse en el viento de la torre Spaskaya, las fronteras llenas de cárceles, el poeta “culto en los más oscuros crímenes de Stalin”, los cincuenta años que constituyen un “círculo vicioso de lucha y de terror”, el millón de cabezas cada noche, el verdugo con tareas de poeta, los viejos maestros duchos en el terror de nuestra época, etcétera.

Si en definitiva en el proceso de la revolución soviética se cometieron errores, no es menos cierto que los logros –no mencionados en *El abedul de hierro*–, son más numerosos, y que resulta francamente chocante que a los revolucionarios bolcheviques, hombres de pureza intachable, verdaderos poetas de la transformación social, se les sitúe con falta de objetividad histórica, irrespetuosidad hacia sus actos y desconsideración de sus sacrificios.

Sobre los demás poemas y sobre estos mencionados, dejemos el juicio definitivo a la conciencia revolucionaria del lector que sabrá captar qué mensaje se oculta entre tantas sugerencias, alusiones, rodeos, ambigüedades e insinuaciones.

Igualmente entendemos nuestro deber señalar que estimamos una falta ética matizada de oportunismo que el autor en un texto publicado hace algunos meses, acusara a la UNEAC con calificativos denigrantes, y que en un breve lapso y sin que mediara una rectificación se sometiera al fallo de un concurso que esta institución convoca.

También entendemos como una adhesión al enemigo, la defensa pública que el autor hizo del tráfuga Guillermo Cabrera Infante, quien se declaró públicamente traidor a la Revolución.

En última instancia concurren en el autor de este libro todo un conjunto de actitudes, opiniones, comentarios y provocaciones que lo caracterizan y sitúan políticamente en tér-

minos acordes a los criterios aquí expresados por la UNEAC, hechos que no eran del conocimiento de todos los jurados y que alargarían innecesariamente este prólogo de ser expuestos aquí.

En cuanto a la obra de Antón Arrufat, *Los siete contra Tebas*, no es preciso ser un lector extremadamente suspicaz, para establecer aproximaciones más o menos sutiles entre la realidad fingida que plantea la obra, y la realidad no menos fingida que la propaganda imperialista difunde por el mundo, proclamando que se trata de la realidad de Cuba revolucionaria. Es por esos caminos como se identifica a la “ciudad sitiada” de esta versión de Esquilo con la “isla cautiva” de que hablara John F. Kennedy. Todos los elementos que el imperialismo yanqui quisiera que fuesen realidades cubanas, están en esta obra, desde el pueblo aterrado ante el invasor que se acerca (los mercenarios de Playa Girón estaban convencidos que iban a encontrar ese terror popular abriéndoles todos los caminos), hasta la angustia por la guerra que los habitantes de la ciudad (el Coro), describen como la suma del horror posible, dándonos implícito el pensamiento de que lo mejor sería evitar ese horror de una lucha fratricida, de una guerra entre hermanos. Aquí también hay una realidad fingida: los que abandonan su patria y van a guarecerse en la casa de los enemigos, a conspirar contra ella y prepararse para atacarla, dejan de ser hermanos para convertirse en traidores. Sobre el turbio fondo de un pueblo aterrado, Etéocles y Polinice dialogan a un mismo nivel de fraterna dignidad.

Ahora bien: ¿a quién o a quiénes sirven estos libros? ¿Sirven a nuestra revolución, calumniada en esa forma, herida a traición por tales medios?

Evidentemente, no. Nuestra convicción revolucionaria nos permite señalar que esa poesía y ese teatro sirven a nuestros enemigos, y sus autores son los artistas que ellos necesitan para alimentar su caballo de Troya a la hora en que el imperialismo se decida a

poner en práctica su política de agresión bélica frontal contra Cuba. Prueba de ello son los comentarios que esta situación está mereciendo de cierta prensa yanqui y europea occidental, y la defensa, abierta unas veces y entreabierta otras, que en esa prensa ha comenzado a suscitar. Está *en el juego*, no fuera de él, ya lo sabemos, pero es útil repetirlo, es necesario no olvidarlo.

En definitiva, se trata de una batalla ideológica, un enfrentamiento político en medio de una revolución en marcha, a la que nadie podrá detener. En ella tomarán parte no sólo los creadores ya conocidos por su oficio, sino también los jóvenes talentos que surgen en nuestra isla, y sin duda los que trabajan en otros campos de la producción y cuyo juicio es imprescindible, en una sociedad integral.

En resumen: la dirección de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba rechaza el contenido ideológico del libro de poemas y de la obra teatral premiados.

Es posible que tal medida pueda señalarse por nuestros enemigos declarados o encubiertos y por nuestros amigos confundidos, como un signo de endurecimiento. Por el contrario, entendemos que ella será altamente saludable para la Revolución, porque significa su profundización y su fortalecimiento al plantear abiertamente la lucha ideológica.

Comité Director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba

La Habana, 15 de noviembre de 1968

“Año del Guerrillero Heroico”

I. FUERA DEL JUEGO

EN TIEMPOS DIFÍCILES

A aquel hombre le pidieron su tiempo
para que lo juntara al tiempo de la Historia.
Le pidieron las manos,
porque para una época difícil
nada hay mejor que un par de buenas manos.
Le pidieron los ojos
que alguna vez tuvieron lagrimas
para que contemplara el lado claro
(especialmente el lado claro de la vida)
porque para el horror basta un ojo de asombro.
Le pidieron sus labios
resecos y cuarteados para afirmar,
para erigir, con cada afirmación, un sueño
(el-alto-sueño);
le pidieron las piernas,
duras y nudosas,
(sus viejas piernas andariegas)
porque en tiempos difíciles
¿algo hay mejor que un par de piernas
para la construcción o la trinchera?
Le pidieron el bosque que lo nutrió de niño,
con su árbol obediente.

Le pidieron el pecho, el corazón, los hombros.

Le dijeron

que eso era estrictamente necesario.

Le explicaron después

que toda esta donación resultaría inútil

sin entregar la lengua,

porque en tiempos difíciles

nada es tan útil para atajar el odio o la mentira.

Y finalmente le rogaron

que, por favor, echase a andar,

porque en tiempos difíciles

esta es, sin duda, la prueba decisiva.

EL DISCURSO DEL MÉTODO

Si después que termina el bombardeo,
andando sobre la hierba que puede crecer lo mismo
entre las ruinas
 que en el sombrero de tu Obispo,
eres capaz de imaginar que no estás viendo
lo que se va a plantar irremediabilmente delante de tus ojos,
 o que no estás oyendo
lo que tendrás que oír durante mucho tiempo todavía;
 o (lo que es peor)
piensas que será suficiente la astucia o el buen juicio
para evitar que un día, al entrar en tu casa,
sólo encuentres un sillón destruido, con un montón
 de libros rotos,
yo te aconsejo que corras enseguida,
que busques un pasaporte,
 alguna contraseña,
 un hijo enclenque, cualquier cosa
que puedan justificarte ante una policía por el momento torpe
 (porque ahora está formada
 de campesinos y peones)
y que te largues de una vez y para siempre.
Huye por la escalera del jardín

(que no te vea nadie).

No cojas nada.

No servirán de nada

ni un abrigo, ni un guante, ni un apellido,

ni un lingote de oro, ni un título borroso.

No pierdas tiempo

enterrando joyas en las paredes

(las van a descubrir de cualquier modo).

No te pongas a guardar escrituras en los sótanos

(las localizarán después los milicianos).

Ten desconfianza de la mejor criada.

No le entregues las llaves al chofer, no le confíes

la perra al jardinero.

No te ilusiones con las noticias de onda corta.

Párate ante el espejo más alto de la sala, tranquilamente,

y contempla tu vida,

y contéplate ahora como eres

porque ésta será la última vez.

Ya están quitando las barricadas de los parques.

Ya los asaltadores del poder están subiendo a la tribuna.

Ya el perro, el jardinero, el chofer, la criada

están allí aplaudiendo.

ORACIÓN PARA EL FIN DE SIGLO

Nosotros que hemos mirado siempre con ironía e indulgencia

los objetos abigarrados del fin de siglo: las construcciones

trabadas en oscuras levitas. Nosotros para quienes el fin de siglo fue a lo sumo

un grabado y una oración francesa.

Nosotros que creíamos que al final de cien años sólo había

un pájaro negro que levantaba la cofia de una abuela.

Nosotros que hemos visto el derrumbe de los parlamentos

y el culo remendado del liberalismo.

Nosotros que aprendimos a desconfiar de los mitos ilustres

y a quienes nos parece absolutamente imposible

(inhabitable)

una sala de candelabros,

una cortina

y una silla Luis XV.

Nosotros, hijos y nietos ya de terroristas melancólicos

y de científicos supersticiosos,

que sabemos que en el día de hoy está el error

que alguien habrá de condenar mañana.

Nosotros, que estamos viviendo los últimos años

de este siglo,

deambulamos, incapaces de improvisar un movimiento
que no haya sido concertado;
gesticulamos en un espacio más restringido
que el de las líneas de un grabado;
nos ponemos las oscuras levitas
como si fuéramos a asistir a un parlamento,
mientras los candelabros saltan por la cornisa
y los pájaros negros
rompen la cofia de esta muchacha de voz ronca.

LOS POETAS CUBANOS YA NO SUEÑAN

Los poetas cubanos ya no sueñan

(ni siquiera en la noche).

Van a cerrar la puerta para escribir a solas

cuando cruje, de pronto, la madera;

el viento los empuja al garete;

unas manos los cogen por los hombros,

los voltean,

los ponen frente a frente a otras caras

(hundidas en pantanos, ardiendo en el napalm)

y el mundo encima de sus bocas fluye

y está obligado el ojo a ver, a ver, a ver.

CADA VEZ QUE REGRESO DE ALGÚN VIAJE

Cada vez que regreso de algún viaje
me advierten mis amigos que a mi lado se oye un gran [estruendo.
Y no es porque declare con aire soñador
lo hermoso que es el mundo
o gesticule como si anduviera
aún bajo el acueducto romano de Segovia.
Puede ocurrir que llegue
sin agujero en los zapatos,
que mi corbata tenga otro color,
que mi pelo encanezca,
que todas las muchachas recostadas en mi hombro
dejen en mi pecho su temblor,
que esté pegando gritos o se hayan vuelto
definitivamente sordos mis amigos.

EL HOMBRE AL MARGEN

Él no es el hombre que salta la barrera
sintiéndose ya cogido por su tiempo, ni el fugitivo
oculto en el vagón que jadea
o que huye entre los terroristas, ni el pobre
hombre del pasaporte cancelado
que está siempre acechando una frontera.
Él vive más acá del heroísmo
(en esa parte oscura);
pero no se perturba; no se extraña.
No quiere ser un héroe,
ni siquiera el romántico alrededor de quien
pudiera tejerse una leyenda;
pero está condenado a esta vida y, lo que más le aterra,
fatalmente condenado a su época.
Es un decapitado en la alta noche, que va de un cuarto al otro,
como un enorme viento que apenas sobrevive con el viento de [afuera.
Cada mañana recomienza
(a la manera de los actores italianos).
Se para en seco como si alguien le arrebatara el personaje.
Ningún espejo
se atrevería a copiar
este labio caído, esta sabiduría en bancarrota.

PARA ACONSEJAR A UNA DAMA

¿Y si empezara por aceptar algunos hechos
como ha aceptado –es un ejemplo– a ese negro becado
que mea desafiante en su jardín?

Ah, mi señora: por más que baje las cortinas; por más
que oculte la cara solterona; por más que llene
de perras y de gatas esa recalcitrante soledad; por más
que corte los hilos del teléfono
que resuena espantoso en la casa vacía;
por más que sueñe y rabie
no podrá usted borrar la realidad.

Atrévase.

Abra las ventanas de par en par. Quítese el maquillaje
y la bata de dormir y quédese en cueros
como vino usted al mundo.

Échese ahí, gata de la penumbra, recelosa, a esperar.

Aúlle con todos los pulmones.

La cerca es corta; es fácil de saltar,
y en los albergues duermen los estudiantes.

Despiértelos.

Quémese en el proceso, gata o alción; no importa.

Meta a un becado en la cama.

Que sus muslos ilustren la lucha de contrarios.

Que su lengua sea más hábil que toda la dialéctica.

Salga usted vencedora de esta lucha de clases.

SIEMPRE HE VIVIDO EN CUBA

Yo vivo en Cuba. Siempre
he vivido en Cuba. Esos años de vagar
por el mundo de que tanto han hablado,
son mis mentiras, mis falsificaciones.

Porque yo siempre he estado en Cuba.

Y es cierto
que hubo días de la Revolución
en que la Isla pudo estallar entre las olas;
pero en los aeropuertos,
en los sitios que estuve
sentí

que me gritaban

por mi nombre

y al responder

ya estaba en esta orilla

sudando,

andando,

en mangas de camisa,

ebrio de viento y de follaje,

cuando el sol y el mar trepan a las terrazas
y cantan su aleluya.

DICEN LOS VIEJOS BARDOS

No lo olvides, poeta.

En cualquier sitio y época

en que hagas o en que sufras la Historia,

siempre estará acechándote algún poema peligroso.

SOBRE LOS HÉROES

A los héroes
siempre se les está esperando,
porque son clandestinos
y trastornan el orden de las cosas.
Aparecen un día
fatigados y roncós
en los tanques de guerra,
cubiertos por el polvo del camino,
haciendo ruido con las botas.
Los héroes no dialogan,
pero planean con emoción
la vida fascinante de mañana.
Los héroes nos dirigen
y nos ponen delante del asombro del mundo.
Nos otorgan incluso
su parte de Inmortales.
Batallan
con nuestra soledad
y nuestros vituperios.
Modifican a su modo el terror.
Y al final nos imponen
la furiosa esperanza.

MIS AMIGOS NO DEBERÍAN EXIGIRME

Mis amigos no deberían exigirme
que rechace estos símbolos perplejos
que han asaltado mi cultura.

(Ellos afirman que es inglesa.)

No deberían exigirme
que me quite la máscara de guerra,
que no avance orgulloso sobre esta isla de coral.

Pero yo, en realidad, voy como puedo.
Si ando muy lejos debe ser porque el mundo
lo decide.

Pero ellos no deberían exigirme
que levante otro árbol de sentencias
sobre la soledad de los niños casuales.

Yo rechazo su terca persuasión de última hora,
las emboscadas que me han tendido.
Que de una vez aprendan que sólo siento amor
por el desobediente de los poemas sin ataduras

que están entrando en la gran marcha

donde camina el que suscribe,

como un buen rey, al frente.

POÉTICA

Di la verdad.

Di, al menos, tu verdad.

Y después

deja que cualquier cosa ocurra:

que te rompan la página querida,

que te tumben a pedradas la puerta,

que la gente

se amontone delante de tu cuerpo

como si fueras

un prodigio o un muerto.

ESE HOMBRE

A J. Fucik

El amor, la tristeza, la guerra
abren su puerta cada día, brincan
sobre su cama

y él no les dice nada.

Cogen su perro y lo degüellan, lo tiran
a un rincón

y no les dice nada.

Dejan su pecho hundido
a culatazos

y no dice nada.

Casi lo entierran
vivo

y no les dice nada.

¿Él qué puede decirles?

Aunque lo hagan echar espuma
por la boca,

él lucha, él vive,

él preña a sus mujeres,

contradice la muerte a cada instante.

A J. L. L.

Hace algún tiempo
como un muchacho enfurecido frente a sus manos atareadas
en poner trampas

para que nadie se acercara,
nadie sino el más hondo,
nadie sino el que tiene

un corazón en el pico del aura,
me detuve a la puerta de su casa
para gritar que no,
para advertirle
que la refriega contra usted ya había comenzado.

Usted observaba todo.
Imagino que no dejaba usted de fumar grandes cigarros,
que continuaba usted escribiendo

entre los grandes humos.

¿Y qué pude hacer yo,
si en su casa de vidrio de colores
hasta el cielo de Cuba lo apoyaba?

HOMENAJE A HUIDOBRO

No pudimos hacerla florecer en el poema
y la dejamos en el jardín,
que es su lugar natural.

ANTONIA EIRIZ

Esta mujer no pinta sus cuadros
para que nosotros digamos: “¡Qué cosas más raras
salen de la cabeza de esta pintora!”
Ella es una mujer de ojos enormes.
Con estos ojos cualquier mujer podría
desfigurar el mundo si se lo propusiera.
Pero, esas caras que surgen como debajo de un puñetazo,
esos labios torcidos
que ni siquiera cubren la piedad de una mancha,
esos trazos que aparecen de pronto
como viejas bribonas;
en realidad no existirían
si cada uno de nosotros no los metiera diariamente
en la cartera de Antonia Eiriz.
Al menos, yo me he reconocido
en el montón de que me saca todavía agitándome,
viendo a mis ojos entrar en esos globos
que ella misteriosamente halla;
y, sobre todo, sintiéndome tan cerca
de esos demagogos que ella pinta,
que parece que van a decir tantas cosas
y al cabo no se atreven a decir absolutamente nada.

EL ACTO

Impulsado por la muchedumbre
o por alguna súbita locura; vestido como cualquiera
de nosotros, con una tela a rayas
(ya demasiado pálida); la cara larga
que no podría describir
aunque me lo propusiera, y todo el cielo arriba
de modo que cuando sonreía
estaban todo el cielo y su locura,
el pobre hombre soportó el ataque.

Y antes de que corriera medio metro
ya estábamos pensando que éste sería el último
acto que retendríamos de él
(porque usualmente gente de su calaña
se pierden en los barrios, se mueren
y aparecen un día, de pronto, en los periódicos).
Pero lo cierto es que resistió el ataque
y se lanzó al verano, al vacío.

O lo lanzaron
(estas cosas nunca se saben bien).

El hombre estaba allí, cuando lo vimos, ensangrentado,
tambaleándose, en el jardín.

Se lo llevaron medio muerto.

Pero el intenso azul no desaparecía de sus ojos,

de modo que aunque no sonreía, ahí estaban

todo el azul del cielo y su locura.

La noche entera se la pasó gritando, hasta el final.

PAISAJES

Se pueden ver a lo largo de toda Cuba.

Verdes o rojos o amarillos, descascarándose con el agua
y el sol, verdaderos paisajes de estos tiempos
de guerra.

El viento arranca los letreros de Coca-Cola.

Los relojes cortesía de Canada Dry están parados
en la hora vieja.

Chisporrotean, rotos, bajo la lluvia, los anuncios de neón.

Uno de Standard Oil Company queda algo así como

S O Compa y

y encima hay unas letras toscas

con que alguien ha escrito PATRIA O MUERTE.

LA VUELTA

Te has despertado por lo menos mil veces
buscando la casa en que tus padres te protegían contra el mal
tiempo, buscando
el pozo negro donde oías el tropel
de las ranas, las tataguas que el viento hacía volar
a cada instante.

Y ahora que es imposible
te pones a gritar en el cuarto vacío
cuando hasta el árbol del potrero
canta mejor que tú el aria de los años perdidos.

Ya eres el personaje que observa, el rencoroso,
cogido, irremediable, por lo que ves
y mañana te será tan ajeno como hoy le eres
a todo cuanto pasó sin que fueras capaz
de comprenderlo,
y el pozo seguirá cantando lleno de ranas
y no podrás oírlas
aunque peguen brincos delante de tu oreja;
y no sólo tataguas, sino tu propio hijo
ya ha comenzado a devorarte

y ahora lo estás mirando vestido con tu traje,
meando detrás del cementerio, con tu boca
y tus ojos y tú como si tal cosa.

LOS QUE SE ALEJAN SIEMPRE SON LOS NIÑOS

Los que se alejan siempre son los niños,
sus dedos aferrados a las grandes maletas
donde las madres guardan los sueños y el horror.

En los andenes y en los aeropuertos
lo observan todo
como si dijeran: “¿Adónde iremos hoy?”
Los que se alejan siempre son los niños.
Nos dejan cuerdecillas nerviosas, invisibles.
Por la noche nos tiran, tenaces, de la piel;
pero siempre se alejan, dando saltos, cantando
en ruedas (algunos van llorando)
hasta que ni siquiera un padre los puede oír.

HÁBITOS

Cada mañana

me levanto, me baño,

hago correr el agua

y siempre una palabra

feroz

me sale al paso

inunda el grifo donde mi ojo resbala.

EN LUGAR DEL AMOR

Siempre, más allá de tus hombros veo al mundo.

Chispea bajo los temporales.

Es un pedazo de madera podrida, un farol viejo
que alguien menea como a contracorriente.

El mundo que nuestros cuerpos
(que nuestra soledad) no pueden abolir,
un siglo de zapadores y hombres
ranas debajo de tu almohada,
en el lugar en que tus hombros
se hacen más tibios y más frágiles.

Siempre, más allá de tus hombros
(es algo que ya nunca podremos evitar)
hay una lista de desaparecidos,
hay una aldea destruida,
hay un niño que tiembla.

UNA MUCHACHA SE ESTÁ MURIENDO ENTRE MIS BRAZOS

Una muchacha se está muriendo entre mis brazos.
Dice que es la desconcertada de un peligro mayor.
Que anduvo noche y día para encontrar mi casa.
Que ama las piedras grises de mi cuarto.
Dice que tiene el nombre de la Reina de Saba.
Que quiere hacerse cargo de mis hijos.
Una muchacha larga como los gansos.
Una muchacha forrada de plumajes,
suave como un plumón.
Una cabeza sin ganas de vivir.
Unos pechitos tibios debajo de la blusa.
Unos labios más blancos que la córnea de su ojo,
unos brazos colgando de mi cuello,
una muchacha muriéndose irremediablemente entre mis brazos,
torpe, como se mueren las muchachas;
acusando a los hombres,
reclamando, la pobre, para este amor
de última hora
una imposible salvación.

EL ÚNICO POEMA

Entre la realidad y el imposible
se bambolea el único poema. Retenlo
con las manos, o con las uñas, o con los ojos
(si es que puedes) o la respiración ansiosa.

Dótalo, con paciencia, de tu amor
(que él vive solo entre las cosas).

Dale rechazos que vencer
y otra exigencia
mucho mayor que un límite,
que un goce.

Que te descubra diestro, porque es ágil;
con los oídos alertas, porque es sordo;
con los ojos muy abiertos, porque es ciego.

LA VISITANTE

Mi absurda persuasión abriéndole cada noche la puerta;
pero la poesía no entra.

Ella no elije noches para entrar. Ningún
dominio impone –como afirman– de noche.

A cualquier hora el mundo la desplaza
y ella mete en los ojos un círculo perplejo.
Es que llega del polvo,
involuntaria.

¿Quién va a pararse entonces?

¿Quién va a asomarse para verla?

¿Quién es capaz de abrirle,
de hablarle a esa extranjera?

ESCRITO EN AMÉRICA

Ámalo, por favor, que es el herido
que redactaba tus proclamas,
el que esperas que llegue a cada huelga;
el que ahora mismo tal vez estén sacando de una casa
a bofetadas,
el que andan siempre buscando en todas partes
como a un canalla.

AÑOS DESPUÉS

Cuando alguien muere,
alguien (ese enemigo) muere
de frente al plomo que lo mata,
¿qué recuerdos,
qué mundo amargo, nuestro, se aniquila?

Porque los enemigos salen, al alba, a morir.

Se les juzga.

Se les prueba su culpa.

Pero, de todos modos, salen luego a morir.

Yo pienso en los que mueren.

En los que huyen.

En esos que no entienden
o que (entendiendo) se acobardan.

Pienso en los botes negros
zarpando (a medianoche) llenos de fugitivos.

Y pienso en los que sufren y que ríen,

en los que luchan a mi lado

tremendamente.

Y en todo cuanto nace.

Y cuanto muere.

Pero, Revolución, no desertamos.

Los hombres vamos a cantar tus viejos himnos;

a levantar tus nuevas consignas de combate.

A seguir escribiendo con tu yeso implacable

el Patria o Muerte.

FUERA DEL JUEGO

A Yannis Ritzos, en una cárcel de Grecia.

¡Al poeta, despídanlo!

Ese no tiene aquí nada que hacer.

No entra en el juego.

No se entusiasma.

No pone en claro su mensaje.

No repara siquiera en los milagros.

Se pasa el día entero cavilando.

Encuentra siempre algo que objetar.

¡A ese tipo, despídanlo!

Echen a un lado al aguafiestas,

a ese malhumorado

del verano,

con gafas negras

bajo el sol que nace.

Siempre

le sedujeron las andanzas

y las bellas catástrofes

del tiempo sin Historia.

Es

incluso

anticuado.

Sólo le gusta el viejo Amstrong.

Tararea, a lo sumo,

una canción de Pete Seeger.

Canta,

entre dientes,

La Guantanamera.

Pero no hay

quien lo haga abrir la boca,

pero no hay

quien lo haga sonreír

cada vez que comienza el espectáculo

y brincan

los payasos por la escena;

cuando las cacatúas

confunden el amor con el terror

y está crujendo el escenario

y truenan los metales

y los cueros

y todo el mundo salta,

se inclina,

retrocede,

sonríe,

abre la boca

“pues sí,

claro que sí,

por supuesto que sí...”

y bailan todos bien,

bailan bonito,

como les piden que sea el baile.

¡A ese tipo, despídanlo!

Ese no tiene aquí nada que hacer.

LA SOMBRILLA NUCLEAR

A R. F. R.

Los viajeros tal vez,
pero yo no estoy seguro de que pueda encontrar una zona de
protección.

En el mundo ya no quedan zonas de protección.

Cuando subo escaleras de cualquier edificio de una ciudad
de Europa,

leo con indulgencia: “Shelter Zone”

y respiro confiado;

pero al llegar al último escalón

me vuelvo hacia el cartel

que sobrevive como las antiguallas.

Los anuncios de protección

son artilugios que decoran nuestra moral desesperada.

Ni siquiera hay ciudades modernas.

Todas las calles están situadas en la antigüedad,

pero nosotros vivimos ya en el porvenir.

Más de una vez compruebo

que estoy abriendo las puertas y ventanas

de una casa arruinada.

Los toldos de los cafés al aire libre han echado a rodar
Los comerciantes sobrevuelan las calles,
cortan el tránsito como una flor.
Pero yo no soy un profeta ni un mago ni un logrero
que pudiera deshacer los enigmas contemporáneos,
explicar de algún modo esta explosión.
No soy más que un viajante de Comercio Exterior,
un agente político con pasaporte diplomático,
un terrorista con apariencia de letrado,
un cubano (sépanlo de una vez),
el tipo a quien observa siempre la policía de la aduana.
Hace tres horas que están registrando desafortadamente mi [equipaje.

Usted,

señor viceministro de Política Comercial,

joven, ligeramente hepático, admirable, con experiencias
del pasado,

no podía sospechar esta escena.

Usted discutió el plan, señaló el viaje

para el 20 de enero de 1966;

pero ignoraba

que todos los proyectos estarían arruinados este día.

Mi único error

consistió en no advertirle que un veinte de enero nací yo.

De la adivinación,
de la pequeña trampa de la inmortalidad,
vivieron los antiguos;
y nosotros somos su porvenir y continuamos
viviendo de la superstición de los antiguos.

Nosotros somos
el proyecto de Marx, el hedor de los grandes cadáveres
que se pudrían
a la orilla del Neva
para que un dirigente acierte o se equivoque,
para que me embarque y rete a la posteridad
que me contempla
desde los ojos de un gerente
que ahora mismo
leyó mi nombre de funcionario
en su tarjeta de visita.

Las horas van tan rápidas que me atraso a mi vida.

Ya tengo hasta el horror

 y hasta el remordimiento de pasado mañana.

Me sorprendo, de pronto, analizando el mecanismo de mi [serenidad,

 viajando

 entre el este y el oeste,

 a tantos metros de altitud,

observado, sonriente, por la azafata que no sabe

que soy de un continente de luchas y de sangre.

¿Es que la flor de mi solapa me traiciona?

¿Y quién diablos puso esta flor en mi solapa como una *rueda*

insólita en mi cama?

Ese hombre que fornicaba desesperadamente en hoteles de paso.

Ese desconcertado que se frota las manos,
el charlatán sarcástico y a menudo sombrío,
solo como un profeta,

por supuesto, soy yo.

Me estoy vistiendo en un hotel de Budapest, deformado
por otra luna y otro espejo.

Feo; pero el Danubio es lindo y corre bajo los puentes.

Viejo en sotana, Berkeley, yo te doy la razón:
esas aguas no existen, yo las recreo igual que a esta ciudad.

A un lado Buda,

al otro lado Peste,

un poco más allá está Obuda.

Aquí hubo una contrarrevolución en 1956;

pero sólo los viejos la recuerdan.

Intente usted decirlo a estos adolescentes que se devoran
en los cafés al aire libre, en el pleno verano.

Una muchacha judía me dice que tiene visa para ir a Viena
(y con cincuenta dólares).

Un poeta me cuenta que ya circulan por el país
libros de editoriales extranjeras

(“y han regresado muchos exiliados”).

Bebe; se achispa y me recita la Oda a Bartók, de Gyulla Illyés.

Otro me dice que casi está prohibido hablar de guerrilleros,

que él ha escrito un poema

pidiendo un lugar en la prensa

para los muertos de Viet Nam.

Luego vamos al restaurante; bebemos vino con manzanas;

comemos carne de cordero

con aguardiente de ciruelas,

“Pero esta paz (grita Judith como quien emergiera del lago

Lobaton).

Esta paz es una inmoralidad.”

Yo he visto a los bailarines de ballet, en París, comprar
capas de Nylon.

Las vendían después a cien rublos en Moscú.

En una plaza enorme
me querían comprar mi capita de Nylon,
Era un adolescente. Se dirigió a mí en inglés.

Le dije mi nacionalidad

y me observó un instante.
Súbitamente echó a correr.

En medio de la fría, de la realmente hermosa y fría

primavera de Moscú,
yo he visto las capitas
azules,
ocres,
pardas.

Las estuve mirando

hasta que terminó el verano. Flotaban

sobre los transeúntes,

occidentales, tibias,

(parecían orlas)

a bajo precio en Roma, a bajo precio en Londres,

a bajo precio en Madrid;

la industria química esforzada

en las astutas combinaciones del mercado

para que un bailarín las compre apresuradamente,

a la salida de un ensayo,

en los supermercados de París;

miles de bailarines revendiendo, comprándolas, ocultándolas

como demonios diestros en las maletas anticuadas.

Imposible, Drumond, componer un poema a esta altura de la [civilización.

El último trovador murió en 1914.

Imposible detenerse a encontrar, no diré yo la calma

que uno se tiene de sobra desdeñada,

sino una simple cabaña de madera,

una ventana sin radar,

una mesa de pino sin mapas, sin las reglas de cálculo.

¿De qué lado caerá algún día mi cabeza?

¿Cuánto dará la CIA por la cabeza de un poeta, vivo o muerto?

¿En qué idioma oiremos una noche, o una tarde, el alerta

en la áspera voz de los gramófonos?

Porque nadie vendrá a calmar a los amantes o a los [desesperados.

(Se salvará el que pueda, y el resto a la puñeta).

Ya ni siquiera es un secreto que los conjuntos folklóricos

fueron adoctrinados

y cualquier melodía predispone al desastre.

¿Dónde pudiera uno meterse, al cruzar una esquina, después

de haber oído las últimas noticias?

Efectivamente,

alguien puede ocultarse en los tragantes,

o en las alcantarillas,

o en los tiros de las chimeneas.

Han visto gente armada saliendo de las cuevas, calándose

las gorras desteñidas;

hacen rápidos mapas en el polvo, son expertos

en la feroz alianza de un palo y de una piedra

(todo cuanto arruine y devaste).

Somos los hijos de estas ciudades maravillosamente adecuadas

para la bomba.

Lo mejor

(y lo único que podemos hacer por el momento)

es salir de nuestras bibliotecas

a ventilar los piojos que se abren paso en nuestras páginas;

porque ya para siempre

hemos perdido el único tren que pudo escapar a la explosión.

ESTADO DE SITIO

¿Por qué están esos pájaros cantando
si el milano y la zorra se han hecho dueños de la situación
y están pidiendo silencio?

Muy pronto el guardabosques tendrá que darse cuenta,
pero será muy tarde.

Los niños no supieron mantener el secreto de sus padres
y el sitio en que se ocultaba la familia
fue descubierto en menos de lo que canta un gallo.

Dichosos los que miran como piedras,
más elocuentes que una piedra, porque la época es terrible.

La vida hay que vivirla en los refugios,
debajo de la tierra.

Las insignias más bellas que dibujamos en los cuadernos
escolares siempre conducen a la muerte.

Y el coraje, ¿qué es sin una ametralladora?

LOS ALQUIMISTAS

Cuando la magia estaba en bancarrota,
en esos días que se parecen tanto a la dimisión
de los cuervos
(ya sin augurios la piedra filosofal)
ellos cogieron una idea,
una formulación rabiosa de la vida,
y la hicieron girar
como a la bola del astrólogo;
miles de manos desolladas
haciéndola girar
como una puta vuelta a violar entre los hombres,
pero ya de la idea sólo quedaba su enemigo.

CANTAN LOS NUEVOS CÉSARES

Nosotros seguimos construyendo el Imperio.
Es difícil construir un imperio
cuando se anhela toda la inocencia del mundo.
Pero da gusto construirlo
con esta lealtad
y esta unidad política
con que lo estamos construyendo nosotros.
Hemos abierto casas para los dictadores
y para sus ministros,
avenidas
para llenarlas de fanfarrias
en la noche de las celebraciones,
establos para las bestias de carga, y promulgamos
leyes más espontáneas
que verdugos,
y ya hasta nos conmueve ese sonido
que hace la campanilla de la puerta donde vino a instalarse
el prestamista.
Todavía lo estamos construyendo
con todas las de la ley
con su obispo y su puta y por supuesto muchos policías.

TAMBIÉN LOS HUMILLADOS

Ahí está nuevamente la miserable humillación,
mirándote con los ojos del perro,
lanzándote contra las nuevas fechas
y los nombres.

¡Levántate, miedoso,
y vuelve a tu agujero como ayer, despreciado,
inclinando otra vez la cabeza,
que la Historia es el golpe que debes aprender a resistir.
La Historia es este sitio que nos afirma y nos desgarrar.
La Historia es esta rata que cada noche sube la escalera.
La Historia es el canalla
que se acuesta de un salto también con la Gran Puta.

UNA ÉPOCA PARA HABLAR

A Archibald MacLeish

Los poetas griegos y romanos
apenas escribieron sobre doncellas, lunas y flores.
Esto es cierto, MacLeish.
Y ahí están sus poemas que sobreviven:
con guerras, con política, con amor
(toda clase de amor),
con dioses, por supuesto, también
(toda clase de dioses)
y con muertes
(las muchas y muy variadas formas de la muerte).
Nos mostraron su tiempo
(su economía, su política)
mucho mejor que aquellos con quienes convivían.
Tenían capacidad para exponer su mundo.
Eran hombres capaces en su mundo.
Su poesía era discurso público.
Llegaba a conclusiones.
Esto es cierto, MacLeish.
Y de nosotros ¿qué quedará,
atravesados como estamos por una historia en marcha,

sintiendo más devoradoramente día tras día
que el acto de escribir y el de vivir se nos confunden?

ESCENA

–¡No se pueden mezclar y las mezclamos.

Revolución y Religión no riman!

Se desgarraba el pobre bajo los reflectores,

agachado,

contraído,

esperando

el último bofetón.

II. EL ABEDUL DE HIERRO

YO VI CAER UN BÚHO

Yo vi caer un búho
desde las ramas altas,
hecho polvo,
hecho ruina;
lo miraba caer continuamente
a las puertas de Rusia.

Lo vi como estiraba
la pata negra al sol.
Franqueaba la ilusión,
las añagazas,
y el ala,
el pico roto
por la nieve
volaba siempre, el incesante.

INSTRUCCIONES PARA INGRESAR EN UNA NUEVA SOCIEDAD

Lo primero: optimista.

Lo segundo: atildado, comedido, obediente.

(Haber pasado todas las pruebas deportivas).

Y finalmente andar

como lo hace cada miembro:

un paso al frente, y

dos o tres atrás:

pero siempre aplaudiendo.

ACECHANZAS

¿A quién doy realidad
cuando bajo de noche la escalera
y veo al impasible caballero
–con su ojo gris de estaño–
esperando, acechando?

Y hasta pudiera ser irreal,
el polvillo de unos zapatos,
al día siguiente, es siempre la única huella.

Pero entra ya en mi casa
–hombre o deidad–
que ahí están mis poemas, listos al fin,
y esperan.

EL ABEDUL DE HIERRO

En los bosques de Rusia

yo he visto un abedul.

Un abedul de hierro,

un abedul que lanza como los electrones

su nudo de energía y movimiento.

Y cuando cae la lluvia de sus ramas

el bosque se estremece

con un ruido

más lánguido

y más lento

que los yambos de Pushkin.

A caballo,

metido por la maleza,

a ciegas,

oigo el rumor que llega

desde el centro del monte

donde está el abedul.

Las ortegas escalan por su tronco,

los pájaros confunden sus hojas con las ramas,

las ardillas rehúyen su corteza;

encandila el espacio de su sombra.

Si alguien lo mueve

él pega saltos increíbles.

Si alguien lo corta

él entra, súbito,

en el horror de sus batallas.

Si alguien lo observa,

él se vuelve un centinela de atalaya

(en Narilsk o Intá).

Los uros lo olfatean,

pero su sangre se cristaliza

como las aguas en invierno.

En los bosques de Rusia

yo he visto ese abedul.

En él están todas las guerras,

todo el horror,

toda la dicha.

Un abedul de hierro

hecho a prueba de balas y de siglos.

Un abedul que sueña y gime.

Que canta, lucha y gime.

Todos los muertos que hay en Rusia

le suben por la savia.

BAJORRELIEVE PARA LOS CONDENADOS

El puñetazo en plena cara

y el empujón a medianoche son la flor de los condenados.

El *vamos, coño, y acaba de decirlo todo de una vez,*

es el crisantemo de los condenados.

No hay luna más radiante

que esa lápida enorme que cae de noche entre los condenados.

No hay armazón que pueda apuntalar huesos de condenado.

La peste y la luz encaramadas como una gata rodeando la [mazmorra;

todo lo que lanzó la propaganda

como quien dona un patíbulo;

el *Haga el amor no haga la guerra*

(esos lemitas importados de Europa)

son patadas en los testículos de los condenados.

Los transeúntes que compran los periódicos del mediodía

por pura curiosidad, son los verdugos de los condenados.

CANCIÓN DEL JOVEN TAMBOR

Para seguir la música
en las líneas de fuego,
ensayé tantos ritmos
torpes y olvidados.

Para aumentar la marcha
andando entre los hombres,
redoblé en tantos pueblos
destruidos o muertos.

En las noches de invierno
estuve muy enfermo.

Me contentaba el baile
de las niñas rapaces.

“Hay un color extraño
en los árboles nuevos”–
grita el joven poeta
que se va a proclamar su certidumbre.

“El aire está podrido
encima de los techos”–

chillan las viejas europeas flacas.

Pero yo (no lo digas a nadie)
me oculto como un niño,
aceito bien la trampa,
adivino soldados dondequiera,
oscuridad, y rezos.

CANCIÓN DE LA TORRE SPÁSKAYA

El guardián
de la torre de Spáskaya
no sabe
que su torre es de viento.

No sabe
que sobre el pavimento
aún persiste la huella
de las ejecuciones.

Que a veces
salta un pámpano sangriento.

Que suenan las canciones
de la corte deshecha.

Que en la negra buhardilla
acechan los mirones.

No sabe
que no hay terror que pueda
ocultarse en el viento.

CANTO DE LAS NODRIZAS

Niños: vestíos

a la usanza de la reina Victoria

y ensayemos a Shakespeare:

nos ha enseñado muchas cosas.

Sé tú el paje,

y tú espía en la corte, y tú

la oreja que oye detrás de una cortina.

Nosotras

llevaremos puñales en las faldas.

Ensayemos a Shakespeare, niños;

nos ha enseñado muchas cosas.

Del carruaje

ya han bajado los cómicos.

¿Divertirán de nuevo a un príncipe danés,

o la farsa es realmente pretexto,

un bello ardid contra las tiranías?

¿Y qué ocurre si al bajar el telón

el veneno no ha entrado aún en la oreja,

o simplemente Horacio no ha visto al Rey

(todo fue una mentira)

y ni siquiera Hamlet puede dar fe
de que no existiera
esa voz que usurpaba
aquel tiempo a la noche?
Ensayemos a Shakespeare, niños;
nos ha enseñado muchas cosas.

CANCIÓN DE UN LADO A OTRO

A Alberto Martínez Herrera

Cuando yo era un poeta que me paseaba
por las calles del Kremlin,
culto en los más oscuros crímenes de Stalin,
Ala y Katiushka preferían
acariciarme la cabeza,
mi curioso ejemplar de patíbulo.

Cuando yo era un científico
recorriendo Laponia,
compré todos los mapas en los andenes de Helsinski,

Sarikovski paseaba su búho de un lado a otro.
Apenas pude detenerme en el Sur.
Las saunas balanceándose al fondo de los lagos
y en la frontera rusa abandoné a mi amor.

Cuando yo era un bendito,
un escuálido y pobre enamorado
de la armadura del Quijote,
adquirí mi locura y este viejo reloj fuera de época.

Oh mundo, verdad que tus fronteras son indescriptibles.

Con cárceles y ciudades mojadas y vías férreas.

Lo sabe quien te recorre como yo:

un ojo de cristal

y el otro que aún se disputan el niño y el profeta.

PARA MACHA, QUE CANTABA BALADAS

¿Qué balada puedes cantar ahora,
Macha, en pleno invierno, sin recordar la casa
que abandonaste aprisa, ágil como un demonio,
por no perder el tren de Odessa,
que fue, después de todo, nuestro último tren?

¿En qué balada
tu linda voz tristísima subiendo, abriendo
el techo, mientras combas la cintura de avispa?

Baladas a la guerra, muy simples:
sangre y llanto.

Y tú,
bajo los reflectores,
entre gente habituada a tu melancolía.
¿En qué balada que no escuché
te extremas, te demoras?
¿Quién viene cada noche a esperarte y abre
la portezuela de su coche para que te reclines?
¿A quién cubres ahora de artimañas, de besos?

LOS ENAMORADOS DEL BOSQUE IZMAILOVO

La primavera le da la razón.

El viento lo inunda y puede descifrarlo.

Los árboles pueden comprenderlo.

La vida quiere dialogar con él.

¡Porque hoy este hombre ama!

Inmenso tren, detente

en medio de la vía

para que veas al dichoso.

El poeta rompió su caja de penumbras,

huyó de pronto aquel dolor que traicionaba su poesía

y hoy lo acoge este bosque

donde ella se reclina

y el temblor de su pelo en el aire salvaje.

Su sangre es más ligera

cuando siente su piel. Sus labios

se abren dóciles al roce de estos labios,

la claridad del mundo resbala por su sien,

cae a trozos en la yerba,

transparenta el abrazo,

y entre los poros de esta muchacha él vive,
en toda soledad busca su forma única,
sobre los hombros débiles de niña
él sueña que se apoya la fuerza de la vida.

Detente, explorador,
y de una vez enfoca
tu catalejo escéptico
para que veas a éste: el triste, el solitario
quiere plantar los abedules
que hagan más ancho el cielo de Izmailovo,
con su tibia penumbra de hojarascas y pájaros.
¡Porque hoy este hombre ama!

Y el cartero que sale de un local desolado
lleva su nombre ardiendo en el bolsillo
las ortegas que huyen presurosas,
la ardilla que contempla el fruto aún verde
la elogian, la celebran;
las flores de Tashken, las crujientes
brujitas de Lituania,
los grandes arcos ucranianos
tejen guirnaldas para su sorprendente
cabeza de hechizada.

Y él anda loco, habla con todo el mundo;
la lleva de la mano, la conduce.
Y al regresar en metro hasta su casa,
sube corriendo, alegre, la escalera,
desde la buhardilla
contempla el sol que pica
sobre la plaza enorme,
pero al abrir los libros de Blok y de Esenine
descubre nuevos agujeros,
y hoy siente piedad por la polilla.

LOS HOMBRES NUEVOS

Cuando los últimos disparos
resonaban en el turbio canal,
y a través de los vidrios deshechos
se empezaba a borrar el humo negro;
miramos, anhelantes,
sin advertir siquiera
que junto a la caserna abandonada,
bajo los parapetos corroídos
por la sangre y la lluvia,
ellos habían crecido
(sus ojos y sus manos y sus pelos)
y salían gritando hacia el jardín desierto:

“¡La vida es este sueño! ¡La vida es este sueño!”

Pero la vida, ¿era este sueño?

¿De verdad que pensabas en serio, mi viejo

Calderón de la Barca, que la vida es un sueño?

LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

No sabemos exactamente
lo que hicieron contigo todos estos años,
y siempre que te alzaste sobre nuestra impaciencia
de echarte a andar entre los hombres,
saltaba tu cabeza de títere perplejo
a repetir el círculo vicioso de lucha y de terror.

EL HOMBRE QUE DEVORA LOS PERIÓDICOS DE NUESTROS DÍAS

El hombre que devora los periódicos de nuestra época
no está en un circo como los trapecistas o los come
candela.

Si hace un poco de sol se le puede encontrar en los
parques nevados o entrando en el Metro, arrastrado
por sus hábitos de lector.

Es un experto en la credulidad de nuestro tiempo este
reconcentrado.

La vida pasa en torno a él, no lo perturba, no lo alcanza.

Los pájaros lo sobrevuelan como a la estatua de la
Plaza de Pushkin.

Habitualmente, los pájaros lo cagan, lo picotean como
a un tablón flotante.

ARTE Y OFICIO

A los censores

Se pasaron la vida diseñando un patíbulo
que recobrase –después de cada ejecución–
su inocencia perdida.

Y apareció el patíbulo,
diestro como un obrero de avanzada.

¡Un millón de cabezas cada noche!

Y al otro día más inocente
que un conductor en la estación de trenes,
verdugo y con tareas de poeta.

LA HORA

“El, ella o ello...”

UNAMUNO

A Hayde y Gustavo Eguren

Mi hora vendrá,
hará una seña en la escalera
y subirá a mi cuarto
donde arderá la estufa;
si en Londres,
estará el té dispuesto para ella;
si en Moscú,
tendrá todos los metros de mi casa
frente a la plaza de Smolensk.

Mi hora vendrá
(mi sola hora de gloria)
se asomará a la puerta,
y al mirarme dormido

cerca de la ventana de cristales
por donde puedo ver
el puente Borodino,
echará su elemento
entre mis ojos raros
y no sentiré el peso
como si me tocara
un ala en pleno vuelo.

Mi hora vendrá
me llamará despacio
con el zurrido ajeno
de las bocas que han dicho
mi nombre en todas partes,
de las bocas hundidas
en aquel sótano de Lyons,
de las bocas cansadas
de un barrio de New York,
de mi boca de niño
desenredando el nombre
sombrio de las cosas.

Pero sé que vendrá.

Lo mismo que una madre.

Se sentará a mi lado,
ciñéndose la falda con la mano huesuda,
el seno breve
se agitará de prisa para decirme:
“Todos los trenes que esperaba,
se retrasaron tanto,
niño mío...”

Y estará fatigada
(siempre se está después de un largo viaje)
y buscará
(debajo de mis gafas nubladas)
la víspera asombrosa
de verla vieja y niña.
Entonces
todas las casas que conozco
serán su única casa,
todas las furias de mi vida
serán su única furia,
todos los miedos de mi madre
serán su único miedo,
todos los cuerpos que he deseado
serán su único cuerpo,
todas las hambres que he sufrido

serán su única hambre.

Y yo estaré callado

para que no descubra

el sobresalto de mi piel

atenta al ruido de su paso.

II

Te esperaré,
hora mía entre todas las horas de la tierra.
No habrá sueño o fatiga
que depongan el párpado entreabierto.

De espiar tu señal
siempre ha dolido mi ojo en vela.
Ahora espero de ti mis proezas, mis magias.

Como bajo la carpa de los circos,
del trapecio más alto
cuelga tú mi cabeza ardiente y elegida.
Como en las noches de Noruega
dora al fin mi vestigio de tu lumbre más alta.
Soy el viajero que va al Sur,
descúbreme, cantando, la tierra de tu paso.

Este es el centro del invierno,
cúbreme ya de todo el fuego.

Haz que mis libros tengan

tu fuerza y mi vehemencia. Di al mundo:

“amó, luchó”.

Arráncame la costra impersonal.

Redúceme, aterido,

entre tus manos diestras.

Que de algún modo sepan

que no todo fue inútil,

que tuvieron sentido mi impaciencia,

mi canto.

PARA ESCRIBIR EN EL ÁLBUM DE UN TIRANO

Protégete de los vacilantes,

porque un día sabrán lo que no quieren.

Protégete de los balbucientes,

de Juan-el-gago, Pedro-el-mudo,

porque descubrirán un día su voz fuerte.

Protégete de los tímidos y los apabullados,

porque un día dejarán de ponerse de pie cuando entres.

LOS VIEJOS POETAS, LOS VIEJOS MAESTROS

Los viejos poetas, los viejos maestros realmente
 duchos en el terror de nuestra época, se han puesto
 todos a morir.

Yo sobrevivo, lo que pudiera calificarse de milagro,
 entre los jóvenes.

Examino los documentos:

 los mapas, la escalada, las rampas de lanzamiento,
 las sombrillas nucleares, la Ley del valor,
 la sucia guerra de Viet Nam.

Yo asisto a los congresos del tercer mundo y firmo
 manifiestos y mi mesa está llena de cartas y
 telegramas y periódicos;
 pero mi secreta y casi desesperante obsesión
 es encontrar a un hombre,
 a un niño,
 a una mujer
 capaces de afrontar este siglo
con la cabeza a salvo, con un juego sin riesgos
o un parto, por lo menos, sin dolor.

NO FUE UN POETA DEL PORVENIR

Dirán un día:

él no tuvo visiones que puedan añadirse a la posteridad.

No poseyó el talento de un profeta.

No encontró esfinges que interrogar

ni hechiceras que leyeran en la mano de su muchacha

el terror con que oían

las noticias y los partes de guerra.

Definitivamente él no fue un poeta del porvenir.

Habló mucho de los tiempos difíciles

y analizó las ruinas,

pero no fue capaz de apuntalarlas.

Siempre anduvo con ceniza en los hombros.

No develó ni siquiera un misterio.

No fue la primera ni la última figura de un cuadrivio.

Octavio Paz ya nunca se ocupará de él.

No será ni un ejemplo en los ensayos de Retamar.

Ni Alomá ni Rodríguez Rivera

Ni Wichy el pelirrojo

se ocuparán de él.

La Estilística tampoco se ocupará de él.

No hubo nada extralógico en su lengua.

Envejeció de claridad.

Fue más directo que un objeto.

VÁMONOS, CUERVO

y ahora,

vámonos, cuervo, no a fecundar la cuerva

que ha parido

y llena el mundo de alas negras.

Vámonos a buscar sobre los rascacielos

el hilo roto

de la cometa de mis niños

que se enredó en el trípode viejo del artillero.

CASO PADILLA: UNA
INTRAHISTORIA ABREVIADA
Por MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

LA SECCIÓN DE Literatura de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) me invitó a formar parte del jurado del Premio de Poesía “Julián del Casal” correspondiente a 1968 por haber ganado yo ese premio el año anterior. Al aceptar supe que compartiría responsabilidades con otros dos cubanos, José Lezama Lima y José Z. Tallet, y con dos extranjeros, el inglés J. M. Cohen y el peruano César Calvo.

Desde los primeros contactos que los integrantes del jurado tuvimos para comentarnos las lecturas que íbamos haciendo se patentizó el interés que despertaba en todos el libro titulado *Fuera del juego*, que concursaba con el número 31 y bajo el lema “Vivir la vida no es cruzar un campo”, que es un verso de Pasternak. Sabíamos que el autor de este libro era Heberto Padilla. Algunos poemas de su libro habían sido publicados en revistas.

El concurso se desarrolló en medio de las tensiones generadas por la polémica entre Lisandro Otero, en aquel momento vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, y un Heberto Padilla crítico y desafiante. Padilla deploró, en un comentario agresivo

publicado en *El Caimán Barbudo*, que el espacio dedicado por esta revista a la novela de Lisandro Otero *Pasión de Urbino*, que en 1964 había competido sin éxito por el Premio Biblioteca Breve, de la editorial catalana Seix Barral, no se le hubiese dado a la de Guillermo Cabrera Infante (ya exiliado en Londres) *Tres tristes tigres*, que fue la ganadora de aquel premio y que el poeta de *El justo tiempo humano* valora muy por encima de la de Otero. En su texto, aludiendo a las nefastas consecuencias de la estatalización de la cultura en los países del Este, en algunos de los cuales había vivido, Padilla pasa de lo literario a lo político con quejas y advertencias que obligaron a los jóvenes redactores de *El Caimán Barbudo* a responderle en un editorial pletórico de confianza en la singularidad democrática del socialismo cubano. (¡De cuántas ingenuidades están hechas nuestras decepciones!)

Una mañana, avanzadas las labores del concurso y cuando ya nadie ignoraba que el candidato más fuerte al premio era *Fuera del juego*, el poeta Roberto Branly me visitó en el despacho que como redactor jefe de *La Gaceta de Cuba* yo ocupaba en la UNEAC. Venía alarmado: acababa de verse con el teniente Luis Pavón, director de la revista *Verde Olivo*, de las Fuerzas Armadas, y este oficial, que estaba directamente a las órdenes de Raúl Castro, le había comentado “confidencialmente” que si se le daba el premio al libro de Padilla, considerado contrarrevolucionario por “ellos”, iba a haber graves problemas. Entre Branly y yo existía una amistad entrañable, bien conocida por Pavón, y no me cupo duda de que éste había utilizado a mi amigo para trasmitirme, sin que lo pareciera, un mensaje que era toda una amenaza.

No me di por enterado. En la reunión que el jurado celebró al concluir la lectura de los libros concursantes sostuve que *Fuera del juego* era crítico pero no contrarrevolucionario –más bien revolucionario por crítico– y que merecía el premio por su sobresaliente calidad literaria. Los otros miembros del jurado eran de igual opinión. No

hubo cabildeo de Cohen, como presumió Nicolás Guillén y ha dicho Lisandro Otero. Nadie tuvo que convencer a nadie de nada: la coincidencia entre nosotros fue tal desde el primer momento, en lo que a ese libro se refiere, que no se produjo debate.

Sí hubo cabildeo, en cambio, por parte de la UNEAC para que no le diéramos el premio a Padilla. Guillén visitó a Lezama e intentó disuadirlo.

David Chericían, por cuyo libro apostaba la UNEAC como alternativa al de Padilla, fue enviado por Guillén a casa de José Zacarías Tallet para que persuadiese al viejo poeta izquierdista de lo negativo que sería para la revolución que se premiara *Fuera del juego*. Tallet me dijo que fue tanta la indignación que le produjo la visita de Chericían, que después de echar a éste de su casa telefoneó a Guillén y lo increpó por pretender coaccionarlo. El poeta y cuentista Félix Pita Rodríguez, que era el presidente de la Sección de Literatura de la UNEAC, me aconsejó que desistiera de votar por Padilla.

Ignoro si a Cohen y a Calvo también los presionaron. Supongo que no, por ser extranjeros.

En vista de que me resistía a servir de cuña contra Padilla (que no era servir de cuña contra un amigo, sino contra mis convicciones), el Partido decidió sacarme del jurado y poner en mi lugar a alguien que cumpliera esa misión y quizás lograra, a última hora, inclinar la balanza en contra de *Fuera del juego*.

¿Qué hicieron los estrategas del Partido para apartarme del jurado?

Meses antes, en el proceso de la llamada *microfracción*, como a otros individuos procedentes del disuelto Partido Socialista Popular, el Partido Comunista de Cuba, sucesor de aquél, me había sancionado, sin militar yo en sus filas y sin haber tomado parte en aquel episodio de la lucha por el poder entre estalinófilos (prosoviéticos unos, profidelistas otros). Después de un largo interrogatorio en una oficina del comité central, mis jueces me

hallaron culpable de “debilidad política” por no haber denunciado al microfraccionario (estalinófilo prosoviético) que intentó reclutarme. Otra “debilidad política” me reprocharon: haberme manifestado públicamente en la UNEAC, después de que Fidel Castro proclamara el apoyo de Cuba a la URSS, contra la invasión soviética a la Checoslovaquia reformista de Dubcek. Según la sanción, yo no podía desempeñar cargos ejecutivos ni en lo administrativo ni en lo político ni en lo militar durante tres años y debía “pasar a la producción”, es decir: ir a trabajar a una fábrica, a un taller o a una granja, que es lo que en Cuba se entiende por “pasar a la producción”. Se me dijo que podía recurrir ante el Buró Político, y no tardé en hacerlo. En los momentos en que se desarrollaba el concurso de la UNEAC aún no se había dado respuesta a mi carta de apelación.

Uno o dos días antes de la fecha fijada para la reunión en que el jurado acordaría el premio y firmaría el acta, Nicolás Guillén me hizo ir a su despacho. Me pidió que no asistiera a la reunión. “No vaya, enférmete”, me dijo. Le pregunté por qué y me respondió que le hiciera caso, que me lo rogaba en nombre de la vieja amistad que nos unía. Ante mi insistencia en preguntar, añadió, impaciente: “Díaz Martínez, si usted se empeña en asistir a la reunión, la policía podría impedirselo”.

En vista de que Guillén no quería o no podía ser explícito, decidí acercarme a la sede del comité central del Partido para que me despejaran el enigma. Allí me recibió una funcionaria que trabajaba con Armando Hart¹ en la Secretaría de Organización del PCC. Esta mujer de raza árida, en un aséptico saloncito refrigerado del Palacio de la Revolución en el que nos acompañaba un taquígrafo, me espetó nada más verme que sobre mí pesaba una sanción “ideológico–educativa” que me impedía ejercer de jurado. Le recordé que la

¹ Armando Hart Dávalos, que había sido ministro de Educación y que después lo sería de Cultura, en aquellos momentos ocupaba el cargo de secretario de Organización del Partido Comunista.

sanción no decía nada de certámenes literarios ni hacía ninguna referencia a la cultura, y que en esos momentos ni siquiera era firme puesto que yo la había apelado y aún no se conocía el dictamen del Buró Político. Fue inútil: ella, cual esfinge electrónica, me repitió el cassette que le habían encajado y selló nuestro desencuentro fijando esta conclusión: “La sanción le prohíbe a usted ejercer cargos ejecutivos, y votar en un jurado es un acto ejecutivo”. Pensé que tomar un café con leche también es un acto ejecutivo, pero en fin... Abrumado por tan ardua cuanto alevosa aporía, mas no vencido, solicité contrito que constara en acta mi desacuerdo, y al instante, incontinentemente, calé el chapeo, requerí la espada, miré al soslayo, fui y no hubo nada. Nada más allí.

Aquella misma tarde le conté a Guillén mi aciaga visita al comité central. El poeta se enojó conmigo: temía que esa visita complicara las cosas y la interpretó como una prueba de que yo no confiaba en él.

Ya yo no formaba parte del jurado de poesía de la UNEAC. Para sustituirme, el Partido designó al socorrido profesor José Antonio Portuondo², que era el eterno facultativo de guardia. Me lo imaginaba sentado junto a un teléfono las veinticuatro horas del día, pendiente de que lo llamaran para inaugurar un congreso, clausurar un simposio, despedir un duelo, presentar un libro, entonar un panegírico o hacer en la UNEAC alguna chapuza de esas que Guillén, con más pudor y temeroso de la historia, esquivaba cuando podía.

Pepe Portuondo, pues, asistió en mi lugar al coctel que Guillén, a la caída de la tarde de un fresco sábado de octubre, ofreció en su espacioso apartamento habanero a los jurados de los Premios UNEAC de ese año. Alrededor de las diez de la noche de aquel día sonó en mi teléfono la voz de Lezama con su inconfundible entonación asmática: “Joven, campanas

² José Antonio Portuondo, militante del PC, era profesor universitario y crítico literario. Fue diplomático y director del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

de gloria suenan: usted ha sido repuesto en el jurado”. Lezama había asistido al coctel de Guillén y oyó cuando Carlos Rafael Rodríguez se lo comunicaba a éste luego de recibir una llamada telefónica. Minutos después de Lezama, Guillén me telefoneaba para darme la noticia con carácter oficial. Mi respuesta fue pedirle que me recibiera al día siguiente en su casa.

El domingo en la mañana le estaba diciendo yo a Guillén en su piso del edificio Someillán que no permitía que se me tratara como a un recluta: entre, salga, suba, baje... “No, Nicolás –recuerdo que le dije–, le ruego que trasmita a Armando Hart mi decisión de no regresar al jurado mientras no sea respondida mi apelación contra la condena que el partido me ha impuesto”. Y le dije más: “Me apena que a usted, que es un gran poeta universalmente reconocido, unos burócratas que olvidaremos pronto le estén dando encargos de correveidile”. Guillén dio un respingo: “¡Yo no soy un correveidile!” “Por eso mismo además de apenarme me indigna”, le respondí.

El lunes, a las nueve de la mañana estaba yo frente a mi escritorio en la UNEAC. Alrededor de las diez me telefonearon de la oficina de Hart para citarme a una reunión que se efectuaría allí dos horas más tarde. Sea puntual, me dijo una voz helada. Tres individuos, uno de ellos el entonces presidente del Consejo Nacional de Cultura, Eduardo Muzzio (a quien me gustaba llamar Muzziolini), me esperaban en una habitación, sentados en torno a una mesa.

Los dos personajes que acompañaban a Muzzio se identificaron como funcionarios del comité central. Uno de ellos tenía más aspecto de agente de la Seguridad del Estado que de cuadro político: su rostro no expresaba nada y apenas abrió la boca. El interrogatorio, que mis interlocutores prefirieron llamar conversación, duró dos horas o más. De los temas

que allí se abordaron, los principales fueron mi correspondencia con Severo Sarduy y la sanción “ideológico–educativa” que limitaba mis derechos civiles.

A los ojos de aquellos señores constituía otra “debilidad política” mía –y ya eran tres– el cartearme con Sarduy, a quien consideraban un tráfuga que había traicionado a la patria quedándose en Europa después de disfrutar de una beca de la revolución. Para demostrarme que eran válidas sus sospechas de que yo también quería desertar, me mostraron una carta, interceptada por la Seguridad, en la que yo le expresaba a Severo mi deseo de salir temporalmente de Cuba y le pedía que preguntara a Claude Couffon por las gestiones que estaba haciendo para que la Sorbona me invitara a dar unas conferencias. Me comentaron asimismo otra carta que yo le había entregado en mano a Julio Cortázar, durante un desayuno con él y con el escritor cubano Gustavo Eguren en el Hotel Nacional, para que se la diera a Severo en París.

No me extrañaba que violaran mis cartas, pero sí, y se lo hice saber a mis anfitriones, que me reprocharan mi correspondencia con Sarduy. Me extrañaba porque el Consejo Nacional de Cultura había invitado a exponer en el Salón de Mayo (una muestra internacional de pintura moderna que se instaló en el Pabellón Cuba, en La Habana), con pasaje de ida y vuelta pagado por el Gobierno revolucionario, al pintor Jorge Camacho, que había ido a Francia con una beca de la revolución y, al igual que Sarduy, no había regresado a Cuba.

Lo que me dijeron respecto a mi sanción fue muy divertido. Cuando días después se lo conté en mi casa a Hans Magnus Enzensberger y a Masha, su mujer, poco faltó para que murieran de un ataque de risa, como Julián del Casal. Resulta ser que o yo había entendido mal o el funcionario que me la comunicó no había hecho bien su trabajo, porque cuando

éste me dijo que yo “pasaba a la producción” debí entender, o él debió especificarlo, que yo pasaba a la producción literaria.

De esta curiosa manera derogaron la segunda parte de la sanción, pero la primera quedó vigente: me cesaron como jefe de redacción de *La Gaceta de Cuba* (mi sustituto fue el poeta Luis Marré, militante del Partido) y me dejaron de simple redactor. Sin embargo, y contradiciendo a la metafísica funcionaria del departamento de Hart, me pidieron que me reincorporase al jurado. Lo hice y voté por el libro de Padilla.

Por aquellos días, Armando Hart citó a los jurados extranjeros a su despacho. Les dijo que mi sanción obedecía a motivos ajenos al concurso, que no tenía nada que ver una cosa con la otra. No convenció. Uno de los presentes, Roque Dalton, se encargó de hacérselo saber allí mismo. Roque y el escritor argentino José Bianco –quien con buen tino afirmaba que los tejemanejes del Partido le estaban dando la razón al libro de Padilla– me lo contaron todo.

Después de la firma del acta y del Voto Razonado que añadimos –redactado por Lezama y por mí–, la ejecutiva de la UNEAC convocó a los integrantes de los jurados a una asamblea para explicarles los problemas que habían surgido en el Premio de Poesía con *Fuera del juego* y en el de Teatro con la obra de Antón Arrufat³ *Los siete contra Tebas*, que también fue tachada de contrarrevolucionaria. La asamblea no fue presidida por Nicolás Guillén –siguiendo el consejo que me había dado, el poeta se enfermó–, sino por el suplente de oficio José Antonio Portuondo. A Félix Pita Rodríguez, de gustos afrancesados, en el *casting* le tocó el papel de fiscal como Fouquet–Tinville.

³ El escritor Antón Arrufat fue obligado durante años a trabajar como auxiliar en una biblioteca en un barrio de La Habana.

En una alferecía jacobina, Pita “aclaró” lo que, según el libreto que le dieron, estaba ocurriendo: “el problema, compañeras y compañeros, es que existe una conspiración de intelectuales contra la revolución”. Ante semejante denuncia, pedí la palabra y lo conminé a que dijera los nombres de esos “conspiradores”. No los dijo.

Lo que existía era una conspiración del gobierno contra la libertad de criterio. Por aquellas fechas llegaban noticias a Cuba acerca de brotes de disidencia entre los intelectuales de países del Este, sobre todo de la Unión Soviética, Polonia y Checoslovaquia, y los dueños del poder en Cuba decidieron poner sus barbas en remojo. Esto explica la desmesurada importancia que le dieron al premio de Padilla y la política que desde aquel momento empezaron a diseñar para nosotros. El prólogo que la UNEAC impuso a *Fuera del juego* revela por dónde iban los tiros y por dónde irían los cañonazos. “Nuestra convicción revolucionaria”, se dice en dicho prólogo, “nos permite señalar que esa poesía y ese teatro sirven a nuestros enemigos, y sus autores son los artistas que ellos necesitan para alimentar su caballo de Troya a la hora en que el imperialismo se decida a poner en práctica su política de agresión bélica frontal contra Cuba”. Lo de siempre: el enemigo externo utilizado, a la sombra de una “convicción revolucionaria” esgrimida como ley natural o ciencia infusa, para atar en la picota a los que en algo no piensan exactamente igual que el amo de la casa.

La UNEAC honró su compromiso, expresado en la asamblea con los jurados, de publicar *Fuera del juego* y *Los siete contra Tebas*, pero no dio ni a Padilla ni a Arrufat el viaje a Moscú ni un peso de los mil que completaban el premio estipulado en las bases del certamen. El poeta y el dramaturgo se quedaron *in albis* y en tierra y vieron cómo sus respectivos libros tuvieron una circulación casi clandestina.

Los meses que siguieron al concurso de la UNEAC presagiaban tormenta.

Después de haber sido destituido como redactor jefe de *La Gaceta de Cuba* y poco antes de que Luis Marré me sustituyera en el cargo, fui una tarde a la que aún era mi oficina en la UNEAC y me extrañó encontrar entreabierta a puerta. La empujé y el espectáculo que vi era indignante: el contenido de los archivos y de los cajones de mi escritorio estaba disperso por el suelo y pisoteado, los libros habían sido aventados en todas direcciones y la cola líquida que usábamos en la maquetación había sido vertida concienzudamente sobre los muebles y la máquina de escribir. Tardé un segundo en denunciar la tropelía al administrador de la UNEAC, quien ensayó la expresión de asombro más decepcionante que he visto. El señor tardó media hora en ir a comprobar mi denuncia y prometió llamar a la policía, pero la policía no fue jamás.

Nunca supe quién hizo aquello. Una sospecha tuve entonces y la tengo aún: ¿no habrán querido endilgarme un sabotaje y luego de dar el primer paso retrocedieron por sabe Dios qué?

En noviembre de aquel año, 1968, un fantasma apareció en las amarillentas páginas de *Verde Olivo*. ¿Quién era Leopoldo Ávila? Nadie lo sabía. Aún se hacen conjeturas sobre la identidad del amanuense que se ocultaba tras ese seudónimo (la más insistente señala al teniente Luis Pavón, entonces pendolista de Raúl Castro), aunque la voz que le dictaba fue reconocida en el acto como la del máximo poder. Creo que con la invención de Leopoldo Ávila el gobierno castrista se convirtió en el único de la Historia en usar heterónimo.

El ectoplasma en cuestión pronto hizo célebres sus ataques personales y sus monsergas doctrinarias sembradas de anatemas y con fuerte olor a *proletkult* y Santo Oficio. Leopoldo Ávila firmó artículos rabiosos contra Padilla, Virgilio Piñera, Antón Arrufat, Rogelio Llopis, Cabrera Infante... En algunas de sus diatribas no falta el anatema de homosexual. Pocas veces fue objetivo, como cuando me calificó de autor irrelevante

dentro de la narrativa cubana. Su bilis fundamentalista lo desborda cuando viene a decir lo mismo de Piñera y Cabrera Infante.

El artículo de Leopoldo Ávila “Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba” se publicó en *Verde Olivo* el 24 de noviembre de aquel año. Era la sinopsis del dogma gubernamental sobre la literatura y, en consecuencia, la horma para los escritores cubanos. En él se concretaba circunstanciadamente el impreciso apotegma cesáreo “Dentro de la revolución: todo; contra la Revolución ningún derecho”, eco de la consigna de Mussolini “Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”. Gracias a este artículo los escritores de la isla supimos, por fin, qué era lo que desde la ventana de Castro se veía dentro de la revolución y qué afuera. Debimos agradecer que se nos facilitara este plano de áreas minadas o guía de ciegos caminantes. A pesar del carácter programático del texto, el más pretencioso de los que nos asestó, la gaseiforme entidad predicadora hizo espacio en él para meter capirotazos nominales: “Cabrera [Infante] es un tallador de la CIA. Con Severo Sarduy y Adrián García [Hernández] trazan desde el extranjero el camino de la traición...”

Años después, un capitán del Ejército, a quien conocí cuando aún no ostentaba grados y trabajaba como fotorreportero en *Verde Olivo*, me reveló algunos hechos interesantes además de pintorescos. Según este hombre –al que di crédito porque habló delante de compañeros suyos en un club de oficiales–, en aquella época Raúl Castro presidía unas reuniones que se celebraban en la oficina del director de la revista, en las que, a partir de informes aportados por los cuerpos de seguridad u obtenidos por otros medios, se seguía el comportamiento político de los escritores y artistas cubanos que vivíamos en la isla. Me contó este capitán que, entre las misiones que por orden de Luis Pavón realizó en esos días, estuvo la de grabar subrepticamente una lectura de poemas que Padilla dio en la

UNEAC en los momentos en que estaba más desafiante, a la que asistió buena parte de la intelectualidad habanera. El capitán me aseguró que cuando, alrededor de las nueve de la noche, llegó a la revista con la grabación, en el despacho de Pavón la esperaban ansiosamente Raúl Castro y otros militares.

La tensa calma que siguió al zipizape del premio, caldeada semanalmente por el fogonero de *Verde Olivo* –“el rayo que no cesa” le llamaba yo–, estalló en 1971 con dos incidentes que tuvieron lugar a comienzos de ese año y en los cuales se vio involucrado Heberto Padilla por su estrecha relación con los protagonistas. Uno fue el conflicto –odio a primera vista– entre las autoridades cubanas y el representante diplomático en Cuba del gobierno de Salvador Allende, el novelista Jorge Edwards, a quien esas autoridades acusaron de conspirar con Padilla contra la revolución. En marzo de aquel año Edwards se marchó de Cuba prácticamente expulsado: fue un ido de marzo. El otro incidente fue el arresto en La Habana, bajo la imputación de trabajar para la CIA, del periodista y fotógrafo francés Pierre Golendorf, quien pasaría algunos años a la sombra de los carceleros en flor antes de que lo devolvieran a las Galias.

Un día de aquel borrascoso marzo me telefoneó un reportero de la revista *Cuba Internacional* que simulaba ser amigo mío y era un soplón que me había adosado la Seguridad. Me llamó en plan profesional –dijo que estaba haciendo una encuesta por encargo de su revista– para conocer mi opinión sobre el arresto de Heberto Padilla. Así me enteré de que a Padilla lo habían detenido aquel día junto con su mujer, la poetisa Belkis Cuza Malé.

Supe luego que unos agentes les abrieron la puerta a empellones, registraron el apartamento y se los llevaron a un cuartel de la Seguridad, donde los incomunicaron. Belkis

estuvo presa un par de días, y tan pronto como la soltaron fue a mi casa, que estaba a dos cuadras de la suya, y a mi mujer y a mí nos contó en detalles lo sucedido.

El revuelo que el arresto del poeta provocó en el ámbito internacional fue de mayores proporciones que el que había producido tres años antes el conato de censura a *Fuera del juego*, y para entonces ya eran muchas las voces –entre éstas, las de intelectuales de nombre que habían apoyado el proceso revolucionario desde sus inicios– que en la prensa extranjera alertaban sobre la estalinización de la vida cultural en Cuba. Algunas de esas voces entonaron cantos de arrepentimiento después. El arrepentido más plañidero fue Julio Cortázar, quien llegó a culpar a Padilla y sus amigos del libro de Jorge Edwards *Persona non grata*. Recuerdo que en la revista española Índice el buen Julio aventuró la tesis de que el novelista chileno escribió ese libro porque nosotros le calentamos los cascos. A principios de abril, la Seguridad del Estado comenzó a divulgar, impresa en cuartillas de papel de estraza, una supuesta “Carta de Heberto Padilla al Gobierno Revolucionario”. Su deprimente redacción y su grotesco contenido inducen a suponer que nuestro poeta es tan autor de esa carta como de *La Divina Comedia*. Pero si realmente la redactó –bajo amenaza, se entiende, aunque él niega haberla escrito–, hay que felicitarlo por convertirla, a fuerza de hacerla nauseabunda, en una condena a sus carceleros. Sólo la más demencial prepotencia, cómodamente apoyada en la enorme popularidad de que aún gozaba la revolución, pudo hacer creer a la policía política de Castro que un documento autoinculpatorio como ése, atribuido a un hombre incomunicado en un calabozo, podía probar otra cosa que no fuera la perversidad del régimen.

Días después de la aparición de la célebre carta, Padilla fue puesto en libertad y me pidió que fuera enseguida a su casa. Me dijo que esa noche iba a celebrarse un acto en la UNEAC en el que él se haría una autocrítica –que resultó una memorizada ampliación de la

carta— y en el que la Seguridad me daría, como a otros escritores que él debía mencionar (Belkis Cuza Malé, Pablo Armando Fernández, César López, José Yáñez, Norberto Fuentes, Virgilio Piñera y Lezama), la oportunidad de “reafirmarme” como revolucionario reconociendo en público mis “errores”. Entendí que se nos pedía un sacrificio político para exonerar a la revolución de las acusaciones que le llovían desde el exterior precisamente por el caso Padilla. Aunque con dudas cada vez más inquietantes, yo continuaba aferrado a la quimera revolucionaria y me resultaba doloroso que se cuestionara mi lealtad; por eso, en contra de la opinión de mi mujer, que no se cansó de decirme con toda la razón del mundo que estábamos cayendo en una trampa, acepté participar en aquel acto. Para mí el problema era que yo no sabía de qué acusarme.

Si la memoria no me falla, el acto de autocrítica se celebró en la noche del 17 de abril de 1971. La UNEAC estaba tomada por la Seguridad del Estado. En la puerta principal, la única que permanecía abierta, un oficial y varios agentes franqueaban el paso, previa identificación, sólo a las personas que habían sido citadas, cuyos nombres figuraban en una lista. Adentro, la atmósfera era densísima. La gente apenas hablaba y los saludos se reducían a un leve apretón de manos o un movimiento de cabeza y una sonrisa de circunstancia, como en los velorios.

Alrededor de las 9 nos llamaron al salón de actos. Allí todo estaba a punto: las hileras de sillas, la mesa presidencial, los micrófonos, las luces y las cámaras del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos que filmarían el espectáculo bajo la dirección de Santiago Alvarez. Nicolás Guillén, que padecía una oportuna enfermedad, fue reemplazado en la presidencia —¡oh, sorpresa!— por Pepe Portuondo. Cuando todo el mundo ocupó su sitio, se pusieron en marcha las cámaras de cine y se cerraron las puertas del salón, que quedaron custodiadas por “segurosos” vestidos de civil.

Una cosa es leer la autocrítica de Padilla ahora y otra bien distinta es haberla oído allí aquella noche. Ese momento lo he registrado como uno de los peores de mi vida. No olvido los gestos de estupor –mientras Padilla hablaba– de quienes estaban sentados cerca de mí, y mucho menos la sombra de terror que apareció en los rostros de aquellos intelectuales cubanos, jóvenes y viejos, cuando Padilla empezó a citar nombres de amigos suyos –la mayoría estábamos de *corpore insepulto*– que él presentaba como virtuales enemigos de la revolución. Yo me había sentado justamente detrás de Roberto Branly. Cuando Heberto me nombró, Branly, mi noble amigo Branly, se viró convulsivamente hacia mí y me echó una mirada despavorida como si me llevaran a la horca.

Los presentes que, en cumplimiento de lo ordenado por la Seguridad, fuimos nombrados por Padilla pasamos por los micrófonos tan pronto como él terminó. Cuando me llegó el turno, yo seguía sin saber qué decir. Pero hablé.

Lo que dije está publicado. En medio de mi difícil improvisación, de pronto me vi culpando de todo aquello a la dirigencia política por no haber mantenido un diálogo constante con los intelectuales, diálogo en el que, según pensaba yo, se hubieran resuelto sin traumas todos los conflictos. ¿Ingenuidad? Mucha.

La experiencia suele llegar tarde, y la mía aún estaba en camino. Lo que importa es vivir para darle tiempo a llegar.

La nota discordante de aquella velada de falsa reconciliación la dio Norberto Fuentes. Citado por Padilla, primero entró en el juego de la autocrítica y luego pidió otra vez la palabra para desdecirse y proclamar que era uno de los escritores más perseguidos de Cuba y que no tenía nada que reprocharse. Para muchos, Padilla incluido –yo también lo he pensado–, esta escena de Norberto Fuentes fue preparada por la policía con el fin de darle

prestigio de espontaneidad a la pantomima.⁴ Sea lo que haya sido, dramaturgia o verdad, fue la única escena estimulante de aquella noche de Walpurgis.

⁴ Después de leer el libro de Norberto Fuentes *Dulces guerreros cubanos* (Barcelona, Seix Barral, 1999) no tengo duda de que Fuentes interpretó un libreto de la Seguridad del Estado.

HEBERTO PADILLA nació en Pinar del Río, Cuba, el 20 de marzo de 1932. A los 16 años publicó su primer libro de poesía, *Las rosas audaces*. Estudió periodismo en la Universidad de la Habana y en 1949 viajó a Nueva York donde trabajó como profesor de idiomas. Regresó a Cuba tras el triunfo de la Revolución en 1959, agregándose a la agencia de prensa cubana. Publicó en 1960 la novela *Buscavidas* y en 1962, el poemario *El justo tiempo humano*, reconocido por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) como “una de las aportaciones más importantes que se hayan hecho a la lírica cubana.” Entre 1960 y 1966 fungió como corresponsal en Londres y posteriormente se trasladó a Moscú, como enviado del periódico *Granma*, órgano oficial del Partido. En la URSS fue testigo de las purgas políticas, de los abusos, de “la petrificación de un sistema burocrático que se conoce como el modelo del socialismo soviético” y del poder absoluto y omnímodo del PCUS. Regresó a Cuba y en 1968 obtuvo el Premio de Poesía Julián del Casal (certamen paralelo al Premio Casa de las Américas) con el poemario *Fuera del juego*. La burocracia cultural y el régimen castrista entero se opuso a la decisión del jurado, integrado por José Z. Tallet, Manuel Díaz Martínez, César Calvo, José Lezama Lima y J. M. Cohen, por considerar el poemario como ideológicamente contrario a la Revolución, y al no poder revocar el fallo, accedió a publicar el libro con un largo prelude reprobatorio firmado en abstracto por el Comité Director de la UNEAC. De 1969 a 1971 Padilla trabajó en la Universidad de la Habana y realizó diversas traducciones. En 1971 realizó una lectura pública de su libro *Provocaciones*. Dos meses después, la Seguridad del Estado cateó su casa, decomisó los borradores de su novela *En mi jardín pastan los héroes* y apresó a Padilla y a su esposa, la poeta Belkis Cuza Malé. Al justificar Fidel Castro la detención y lanzar una serie de ataques contra algunos escritores del país y del extranjero, un grupo de intelectuales latinoamericanos y europeos le envió una carta, respetuosa y enérgica,

recordándole el peligro de caer en las tácticas estalinistas. La respuesta a la misiva fue la bochornosa *confesión* de Heberto Padilla como contra-rrevolucionario, leída ante miembros de la UNEAC (algunos de los cuales fueron denunciados en la carta redactada por Padilla) y obtenida después de un largo tratamiento basado en torturas, amenazas y drogas. Belkis Cuza Malé salió de Cuba en 1979 y Padilla fue liberado en 1980. La pareja se dirigió a Canadá, donde el escritor trabajó como catedrático de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Auburn y terminó la novela *En mi jardín pastan los héroes*, el poemario *El hombre junto al mar* (publicados en 1981) y el ensayo biográfico *La mala memoria*, publicado en 1992. Heberto Padilla falleció en Alabama, Estados Unidos, de un ataque al corazón el 27 de septiembre del 2000, a los 68 años de edad y después de 20 en el exilio.

ÍNDICE

DICTAMEN DEL JURADO DEL PREMIO DE POESÍA “JULIÁN DEL CASAL” 1968	4
DECLARACIÓN DE LA U.N.E.A.C.	6
I. FUERA DEL JUEGO	15
II. EL ABEDUL DE HIERRO	73
CASO PADILLA: UNA INTRAHISTORIA ABREVIADA	107